

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.  
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 . . .  
" Extranjero . . . 1'50 . . .

## LA HUELGA DE FERROVIARIOS SUS CONSECUENCIAS

Prometimos en el número anterior ocuparnos de las enseñanzas de esta huelga y manifestáramos nuestra sorpresa porque en su periodo álgido, en los momentos en que todos los ferroviarios estaban poseídos del mayor entusiasmo, se diera por terminada la huelga ante promesas, no por parte de la Compañía, sino del Gobierno, que no era parte contendiente.

Manifestáramos nuestra desconfianza de que las promesas se cumplieran, y ya los hechos han venido a darnos la razón, no sólo ante la nota oficiosa del Gobierno, que dice que en los proyectos legislativos no figuran muchas de las cosas prometidas y, en cambio, figuran otras no prometidas, sino que al pagar las Compañías a los empleados los sueldos correspondientes al mes de septiembre, les han sido descontados los días que estuvieron en huelga.

En la prensa de Madrid del día 10 leemos:

«Las noticias que se tienen en la Casa del Pueblo de la huelga, dicen que los obreros se disponen a resistir y que maquinistas y fogoneros, están dispuestos a no volver al trabajo, hasta que sean reponidos sus compañeros los huelguistas.»

No afirmaremos—mientras de ello no tengamos pruebas—que los ferroviarios han sido trucidados por sus elementos directores, pero sí demostraremos que éstos han obrado de la manera más cobarde.

En cuanto al Comité Central de la Federación de la Unión Ferroviaria, nos ha extrañado la ingerencia del diputado militar, señor Amado, en cuya espontaneidad no creemos; es más, quedamos, dado el medio en que el secretario de la Federación se ha educado, y del que a juzgar por su actual modo de ser no se ha desprendido, que la intervención del señor Amado ha sido solicitada, bien directamente o por mediación de los familiares del citado secretario.

Además, ¿a título de qué intervenía el Comité en la huelga? Públicamente desautorizado por todos los ferroviarios, ya que no les pareció digno dimitir en periodo de lucha, lo más lógico era mantenerse en una prudente expectativa, puesto que las secciones—absolutamente todas—se habían rebelado contra sus recomendaciones u órdenes.

La lucha estaba circunscripta a la red catalana, y como ésta hubiera sido vencida—dijámos la verdad—porque el Gobierno y las Compañías acumulaban contra ella todos sus elementos, los demás ferroviarios, con un alto sentido práctico de la realidad, desoyendo las homicidas indicaciones del órgano directivo, se decidieron a salvar a sus compañeros catalanes declarando la huelga general en todas las líneas.

Desde este momento estaba descontado el triunfo de los obreros de la red catalana, y como consecuencia el triunfo de la indisciplina, que en esta ocasión representaba el de la justicia.

Esto no podían soportarlo pacientemente los que en la Federación representan al partido socialista, pues como partido disciplinado, aspirante a la hegemonía del proletariado, veía en un momento caer por tierra todas las ilusiones que en la fuerza de los ferroviarios se había creado.

Y saltando por toda la lógica, pretendiendo desconocer que la solución de la huelga radicaba en Cataluña, invadieron terreno que no era el suyo, y ya que ellos estaban moralmente incapacitados para gestionar, puesto que declarada la huelga contra sus órdenes, a nadie representaban, aceptaron o gestionaron—creemos que lo último—la intervención del señor Amado, para evitar el triunfo de la red catalana, que era la derrota de la táctica socialista.

Queda, pues, explicada, aunque no justificada, la actitud del citado Comité. Lo que no puede justificarse ni explicarse es la de los directores de los ferroviarios de la red catalana.

Ellos solos, se creyeron tan fuertes, que aun contra el criterio de los demás ferroviarios, fueron a la lucha. El movimiento fué hermoso. Había unión y entusiasmo y contaban con las simpatías y el apoyo de la opinión, incluso de los partidos reaccionarios. Solo tuvieron en contra el partido socialista, que también se titula—¡oh, ironía!—obrero. Ni habla traidores ni desertores. Los compañeros de la línea del Nor-

te, declararon la huelga *por solidaridad*, y desearon de ayudarles cuanto antes, la mayoría, prescindiendo del plazo legal, abandonaron el trabajo. Por si esto fuera poco, los compañeros de Zaragoza, declararon la huelga *por solidaridad* a los ferroviarios catalanes. Y por si algo pudiera faltar para su triunfo, son todos los ferroviarios españoles, con una mayoría abrumadora, 75.000 votos contra 1.000, los que anuncian la huelga.

Y es entonces, cuando por su entusiasmo, por su unión y por fuerza, el triunfo es indudable, la red catalana se rinde, se entrega con armas y bagajes, dejando en el aire las reclamaciones con tanta energía demandadas y con tanta nobleza apoyadas por todos los ferroviarios.

¿Qué ocurrió para tan rápido cambio de decoración? No puede admitirse el temor al fracaso por la llamada de los reservistas, pues éstos eran insuficientes para el servicio de correos, y seguramente que muchos de ellos tenían conciencia de su deber y no hubieran obstaculizado el triunfo de sus compañeros, que era su triunfo mismo.

La declaración de huelga general sembró el espanto, en el Gobierno, en la industria y en el comercio y la alegría en el proletariado en general. Parecía que estas circunstancias, altamente favorables para los huelguistas, habían de inspirar más confianza en el triunfo, pero... ocurrió todo lo contrario.

Al dar la batalla decisiva, vacila la vanguardia y pide parlamento al enemigo, durante el cual se entregan incondicionalmente, y los que estaban en condiciones de exigir e imponerse, se dan por satisfechos con una promesa que el mismo que promete no sabe si podrá cumplir, puesto que es preciso, primero, someterlo a las Cortes y después contar con la aquiescencia de las Compañías, que son la verdadera madre del cordero.

Poco avezados los ferroviarios a la lucha, se han dejado conducir por los que por ambición o fatuidad se han convertido en malos pastores. Nos daba grima ver como el presidente de la red catalana, exhibía su persona por los salones del obispado, del Fomento del Trabajo Nacional y del Ayuntamiento, y temíamos de él una jugarreta.

En una palabra; se había convertido en líder, y los trabajadores que aceptan esta especie de generales o dioses, dan poder a un hombre para que decida de su suerte, para que juegue con la libertad de cientos y miles de hombres incapacitados de emanciparse ellos mismos, obedeciendo sus órdenes ciegamente y lanzándose al abismo a la primera señal que les haga el líder.

Las masas obreras que elevan a un jefe,—dice el compañero Uriarte,—se hacen esclavos y niegan el valor individual, considerándose impotentes, ignorantes e incapacitados, de realizar su propio esfuerzo intelectual, para obtener su bienestar y su propia redención.

Y esto ha ocurrido a los obreros ferroviarios. Sólo así, abdicando de su personalidad, han podido ser entregados como rebaño, sin más garantía que la palabra de un Gobierno que les prometió aumento de sueldo, disminución de jornada, supresión de castigos y considerarles como *funcionarios públicos*. De este modo, quedan los ferroviarios, sujetos al fuero de los trabajos del Estado, haciéndose imposibles las huelgas.

Y no otra cosa puede esperarse de los líderes, que unos buscan su encumbramiento y otros la manera de no perderlo. No creemos que en la declaración de la huelga, hayan intervenido elementos políticos, aunque de ella hayan querido aprovecharse los de determinado bando que tiene grandes resentimientos con los socialistas. Tal vez estos elementos hayan intervenido en su desastrosa terminación, pues radicales y socialistas se llaman defensores del obrero, cuando ambos son sus explotadores.

Los que en realidad se han hecho acreedores al calificativo de defensores nuestros, lo han hecho sin invadir el campo obrero, sin intervenir en sus asuntos ni coaccionar con sus imposiciones.

Y estos defensores sinceros que jamás pretendieron encumbrarse sobre las espaldas de aquellos por quienes sacrificaron su fortuna, su libertad y su vida, no fueron de la extirpe de Iglesias, Barrio, Millerand, Ferré, Briand, ni tantos otros de su calaña,

no; aquellos hombres cuyo recuerdo jamás se borrará de la memoria de los trabajadores se llamaron Bakounine, Tolstói, Cafiero, Gori, Salviochea, etc. y se llaman Malato, Kropotkine, Guillaume, Lorenzo y Grave, que han laborado y laboran al margen del movimiento obrero, pero sin interrumpir su marcha libre y haciendo que sea una realidad la máxima «la emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabajadores mismos».

### Servilismo de la prensa

Si Cánovas del Castillo volviera a la vida, es seguro que retiraría su frase de que «la prensa es el cuarto poder», y la substituiría por otra que dijera: «la prensa es una letina; los periodistas profesionales unos letrados y el público quien en ella evacua sus necesidades a la manera que puede hacerlo en los retretes públicos mediante un módico estipendio».

A esto ha quedado reducida la *sagrada misión* de la prensa burguesa. No hay un solo periódico que bajo la apariencia de defender ideales políticos no se halle convertido en «agencia de negocios y colocaciones».

Vemos como comienzan enérgicas campañas atacando a poderosas empresas por el bien del pueblo, y repentinamente, sin que se haya conseguido el pretendido bien, cesa la campaña o se modifica, convirtiéndose en elogios lo que antes eran censuras; vemos periódicos que se titulan anticlericales y hasta antirreligiosos que no vacilan en publicar esquelas de defunción con su correspondiente cruz, que es el símbolo de la religión que combaten; los hay que por ser republicanos atacan a las autoridades monárquicas y sus redactores cobran en las nóminas de la policía, aunque suprimiendo vergonzosamente, al firmar, el primer apellido; se llaman defensores del obrero (ahora esto es moda) para traicionarlo y venderlo cuando está en lucha, y se dicen independientes aunque dependen de todo el que quiera pagar sus plumas, a pesar de que éstas están siempre hipotecadas.

Como la prensa burguesa retribuye miserablemente a sus redactores, pues sus sueldos varían de 75 a 100 pesetas mensuales, tiénen que buscar un suplemento de sueldo ejerciendo de confidentes o limpiabotas de los gobernadores.

Cuando dos periódicos cometen la locura de tirarse los trastos a la cabeza, ¡qué de horrores se descubren! Recordamos una polémica sostenida hace años entre dos importantes periódicos madrileños—todavía existen—y documentalmente quedó probado que uno vivía—y suponemos vivirá—de la estufa, y el otro vendía su silencio contra el Gobierno, a cambio de que a su propietario le permitieran explotar varias casas de juego.

Por lo que respecta a la prensa de Barcelona, ¿cuántas veces entre ellos mismos han acusado de policías a sus redactores y hasta han afirmado que sus nombres constaban en las nóminas del Gobierno civil!

Hacemos estas reflexiones ante la indignación que nos producen los elogios que la prensa, casi sin distinción, y más bajamente algunos periódicos republicanos, hacen con ocasión de la marcha del nefasto gobernador de Barcelona.

Le llaman gran gobernante, discreto, sociólogo y hasta justiciero!, y casi todos coinciden en que su marcha es sentida por todas las clases sociales.

Y esto no es cierto. El gobernador podrá llevarse las simpatías de la burguesía, de los requetés jaimistas y de los alquiloneros de la piuma; pero es el colmo de la rastroña decir al señor Portela que se lleva las simpatías de la clase obrera.

Todos saben que el proletariado barcelonés jamás ha sido tan atropellado como en estos últimos tiempos. Los dotes de gobernante de Portela se reducen al encarcamiento de los obreros más prestigiosos por fútiles pretextos.

La huelga de Sabadell y la de metalúrgicos de Barcelona fué vencida por la parcialidad de la autoridad gubernativa, que encarcelaba a los huelguistas mientras protegía a los esquiroles. Con ocasión de la no realizada huelga del mes de septiembre del año anterior, fueron encarcelados más de 150 obreros que no habían cometido ningún acto ilegal, y por virtud de un falso complot se suspendieron las sociedades obreras pertenecientes a la Confederación Nacional del Trabajo, cuya suspensión ha sido levantada después de un año, lo que demuestra que no hubo motivo para la clausura. Durante la prolongada prisión de los obreros con este motivo, las personas que se interesaron por su libertad eran inútil que acudiesen al juez instructor del proceso: para conseguir algo práctico habían de acudir al gobernador, lo que prueba que él era el causante de la prisión.

Y la prensa toda, sin excepción, sabe que los presos eran inocentes.

A pesar de la bondad, de la justicia y de la democracia de Portela, nos ha retrotraído a los tiempos de «La Mano Negra», en que hubo un gobernador de una provincia andaluza que publicó el orden siguiente:

«En el caso de destrucciones e incendios que no puedan ser considerados accidentales, serán considerados como presuntos autores los individuos que se encuentren en las inmediaciones de los lugares devastados, y en defecto de éstos, los que compongan el Consejo local de la llamada Asociación de los Trabajadores. Los detenidos serán puestos a disposición de las autoridades judiciales.»

Y bajo la férua de Portela han sido encarcelados obreros por pertenecer a las juntas de las sociedades y al Consejo de la Federación.

Y la prensa servilona sabe que esto es verdad y dice que el gobernador ha sabido captarse todas las simpatías.

Durante la huelga sostenida en una fábrica por la sociedad Ramo del Agua, se hicieron varios disparos en la casa de un policía, cuyos disparos hicieron blanco en una niña, y como la policía no pudo encontrar a los autores, fueron encarcelados los compañeros que se significaron en la defensa de los huelguistas.

Los mismos periódicos que publicaron protestas por estos atropellos, adulan actualmente al señor Portela, tal vez porque podrá serles útil en el nuevo cargo que ha de ocupar.

Y, finalmente, para no resultar pesados exponiendo casos, durante la huelga de ferroviarios, pretextando que era clandestina una hoja que estaba sellada por el Gobierno civil, fueron encarcelados el autor de ella, los que la repartieron y hasta algunos que para nada intervinieron en ella.

Y la prensa que sabe esto, principalmente *El Liberal* y *El Diluvio*, tal vez como agradecimiento de limosnas que les hayan permitido pagar alguna factura o colocar en la policía algún pariente, mientan cínicamente, pintando al proletariado lleno de agradecimiento hacia quien tanto le ha oprimido.

No; entre la prensa burguesa y el proletariado hay una gran distancia respecto a moralidad: aquélla se envilece vendiéndose al mejor postor, y la mayor parte de los periódicos viven a *fuerza de arrastrarse*.

## La expropiación

¿Cuántas veces en 1848, al verse amenazado Rothschild en su fortuna por la revolución, inventó la siguiente farsa: «Admitamos que mi fortuna se haya adquirido a costa de los demás. Dividida entre tantos millones de europeos, tocarían a dos pesetas cada persona. Pues bien, me comprometo a restituir a cada cual sus dos pesetas; si me las pide.»

Dicho esto, y debidamente publicado, nuestro millonario se paseaba tranquilo por las calles de Francfort. Tres o cuatro transeuntes le pidieron sus dos pesetas, se las entregó con sardónica sonrisa, y quedó hecha la jugarreta. La familia del millonario aun está en posesión de sus tesoros.

Poco más o menos, así razonan las cabezas sólidas de la burguesía cuando nos dicen: «¡Ah, la expropiación! Comprendido. Quitán ustedes a todos los gabanos, los ponen en montón, y cada cual se acerca a coger uno, salvo el zurrarse la badana por quien coge lo mejor.»

Es un chiste de mal gusto. Lo que necesitamos no es poner en un montón los gabanos para distribuirlos después, y eso que los que tiritan de frío aun encontrarían en ello alguna ventaja.

Tampoco tenemos que repartirnos las dos pesetas de Rothschild.

Lo que necesitamos es organizarnos de tal suerte, que cada ser humano, al venir al mundo, pudiera estar seguro de aprender un trabajo productivo y adquirir la costumbre de él en primer término, y después poder ocuparse de ese trabajo sin pedir permiso al propietario y al patrono y sin pagar a los acarapadores de la tierra y de las máquinas la parte del león sobre todo lo que produzca.

En cuanto a las riquezas de todas clases, detentadas por los Rothschilds o los Vanderbilts, nos servirían para organizar mejor nuestra producción en común.

El día en que el trabajador del campo pueda labrar la tierra sin pagar la mitad de lo que produce; el día en que las máquinas necesarias para preparar el suelo para las grandes cosechas estén profusamente a la libre disposición de los cultivadores; el día en que el obrero del taller produzca para la comunidad y no para el monopolio, los trabajadores no irán ya hauripentos, y no habrá más Rothschilds ni otros explotadores.

Nadie tendrá ya necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario que sólo representa una parte del total de lo que produce.

«Sea—nos dirán.—Pero de fuera os vendrán los Rothschild. Podéis impedir que un individuo que haya acumulado millones en China vaya a establecerse entre vosotros, que se rodee de servidores y trabajadores asalariados, que los explote y se enriquezca a costa de ellos?»

No podéis hacer la revolución en toda la tierra; a la vez.

¿Vais a establecer aduanas en vuestras fronteras, para registrar a quienes lleguen y apoderarse del oro que traigan?»

¡Ten iría que ver; gendarmes anarquistas disparando contra los pasajeros!

Pues bien; en el fondo de este razonamiento hay un burdo error, y es que nadie se ha preguntado nunca de dónde provienen las fortunas de los ricos. Un poco de reflexión

El proletariado tiene la suficiente dignidad para no besar la mano que le abofetea, y si sabe amar a los que le han ayudado en su obra emancipadora, también sabe odiar a los que le oprimen y mucho más a los que vistiendo el ropaje de defensores de la civilización, se convierten en servidores de la opresión en agradecimiento a las migajas que les arrojan.

Y a esta especie pertenece la prensa burguesa.

¡En verdad, que es grande el abismo que nos separa! Ella, va, de cabeza, al fondo de los reptiles, y el proletariado va a la humanidad, a la verdad y a la justicia.

»

Terminado este artículo y queriendo aprovechar el ocio leyendo algo que fuera instructivo, en uno de los bellos trozos literarios de Zola, vemos estos dos párrafos que nos sirven a las mil maravillas para nuestro objeto.

«Nadie ignora que los periódicos que se declaran defensores de la moral, están en su mayor parte vendidos a compañías financieras, emboscadas en la tercera o cuarta página, despojando a los sencillos lectores que en ellas se aventuran. Son ladrones más o menos discretos, el robo organizado, chanchillos innumerables, mentiras impresas en gruesos caracteres y en gruesos números que enganchan públicamente al mundo. ¡Cuántos negocios ilegales implantados, cuántas familias arruinadas por haber dado crédito al boletín financiero de un periódico cuya primera plana defende la propiedad y los buenos principios en bellas frases!

¡Piénsese, en fin, en la parte política; un periódico no es más que el arma peligrosa de la ambición de un hombre o un tráfico desvergonzado con las pasiones de un partido; se zarande a allí al público que se halaga y se atiborra con lo que sabe debe agradecerle. Hay allí una explotación despiadada, que impulsa a las catástrofes, como el fin perfectamente egoísta de hacer fortuna o de elevarse al poder.»

bastaría para demostrar que el origen de esas fortunas está en la miseria de los pobres.

«Dónde no haya miserables, no habrá ya ricos para explotarlos.»

¡Fíjase un poco en la Edad Media, en la que comienzan a surgir grandes fortunas. Un barón feudal se ha apoderado de un fértil valle. Pero mientras esa campaña no se pueble nuestro barón no puede llamarse rico. ¿Qué va a hacer nuestro barón para enriquecerse? ¡Buscar colonos!

«Sin embargo, si cada agricultor tuviese un pedazo de tierra libre de cargas y además las herramientas y el ganado suficientes para la labor, ¿quién iría a roturar las tierras del barón? Cada cual se quedaría en las suyas. Pero hay poblaciones enteras de miserables. Unos han sido arruinados por las guerras, otros por las sequías, por la peste; no tienen bestias ni aperos. (El hierro era costoso en la Edad Media; más costosa todavía una bestia de labor.)

Todos los miserables buscan mejores condiciones.

«Un día ven en el camino, en la linde de las tierras de nuestro barón, un poste indicando con ciertos signos comprensibles que el labrador que se instale en esas tierras recibirá con el suelo instrumentos y materiales para edificar una choza y sembrar su campo sin que en cierto número de años tenga que pagar ninguna canon. Ese número de años se indica con otras cruces en el poste fronterizo, y el campesino comprende lo que significan esas cruces.

«Entonces afluyen a las tierras del barón los miserables; trazan caminos, desecan los pantanos, levantan aldeas.

«A los nueve años, el barón les impondrá un arrendamiento, cinco años más tarde los cobrará tributos, que duplicará después, y el labrador aceptará esas nuevas condiciones porque en otra parte no las encontrará mejores.

«Y poco a poco, con la ayuda de la ley hecha por los letrados, la miseria del campesino se convierte en manantial de riqueza para el señor; y no sólo para el señor, sino para toda una nube de usureros que descarga sobre aldeas, y que se multiplican tanto más cuanto mayor es el empobrecimiento de los labriegos.

«Así pasaba en la Edad Media. ¿Y no sucede hoy lo mismo? Si hubiese tierras libres que el campesino pudiese cultivar a su antojo, ¿iría a pagar mil pesetas por hectárea al señor vizconde que se digna cederle una parcela? ¿Iría a pagar un arrendamiento oneroso, que le quita el tercio de lo que produce? ¿Iría a hacerse colono, para entregar la mitad de la cosecha al propietario?»

«Pero como nada tiene que aceptar todas las condiciones con tal de poder vivir cultivando el suelo; y enriquece al señor.

«En pleno siglo XIX, como en la Edad Media, la pobreza del campesino es la riqueza para los propietarios de bienes raíces.

II

«El propietario del suelo se enriquece con la miseria de los labradores. Lo mismo sucede con el industrial.

«Ved un burgués, que de una manera u otra se encuentra poseedor de un tesoro de quinientas mil pesetas. Ciertamente, puede gastarse ese dinero a razón de cincuenta mil pe-